

PIERRE DUMOULIN

**LA MISA
EXPLICADA A TODOS**

Gestos y palabras
a la luz de la Escritura

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Luis Rubio Morán sobre el original francés
La messe expliquée pour tous. À la lumière de la Bible

© Éditions des Béatitudes, Nouan-le-Fuzelier 2008

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1738-3

Depósito legal: S. 304-2010

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2010

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| <i>Presentación</i> de Emilio Vicente de Paz | 9 |
| <i>Introducción</i> : La misa es el amor de Jesús | 13 |
| 1. El recogimiento | 19 |
| 2. El altar y el sacrificio | 25 |
| 3. Los gestos en la liturgia | 33 |
| 4. Los ornamentos | 39 |
| 5. El plan de la misa: las dos mesas de la palabra y del sacramento | 45 |
| 6. Las lecturas y la homilía | 61 |
| 7. El pan de la tierra y el pan del cielo | 69 |
| 8. Desde el ofertorio a la comunión: «comer» a Jesús | 75 |
| 9. La vid del Padre | 81 |
| 10. El cáliz | 87 |
| 11. El «cuerpo» y la «sangre» del sacrificio | 95 |
| 12. El cuerpo resucitado | 101 |
| 13. Eucaristía: dar gracias | 107 |
| <i>Conclusión</i> : La bendición | 113 |
| <i>Para profundizar</i> | 121 |
| <i>Índice general</i> | 123 |

EL RECOGIMIENTO

Entramos en la iglesia y el silencio embarga el corazón. Aquí Dios habla. Su mensaje, sin necesidad de palabras, sin un mínimo sonido, llena el espacio del corazón atento: «El Señor no estaba en el viento impetuoso [...] Siguió un ligero susurro. Elías, al oírlo, se cubrió el rostro [...] y una voz le preguntó: ¿Qué haces aquí, Elías?» (1 Re 19, 12-13).

La iglesia es la casa de la oración, la morada del silencio habitado. En ella, lo máximo que se permite, excepto cuando se celebra la liturgia, es susurrar... Al aislarnos del ajetreo cotidiano, podemos afinar el oído del corazón para percibir una Presencia invisible que nos espera y acoge.

1. EL MANDAMIENTO DE LA ESCUCHA

Cuando en cierta ocasión alguien le preguntó a Jesús por el mandamiento más importante, respondió sin dudar: «El más importante es éste: Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor,

tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Mc 12, 29-30).

Esta fórmula fue incorporada en el libro del Deuteronomio (Dt 6, 4-5) en el siglo VII antes de Cristo, aunque su origen es muy anterior. Conocida como el *Shemá* («Escucha»), la repiten nuestros hermanos judíos mañana y tarde. Durante la oración, ponen en su frente una cajita que contiene dicha fórmula escrita en un pequeño pergamino, mientras que en sus manos atan las filacterias¹. También suele ser frecuente encontrarla dentro de las *mezuzah*, unas cajitas colocadas en las jambas de las puertas para tocarlas al cruzar el dintel. En ambos casos, su finalidad es la misma: recordar en todo momento este mandamiento fundamental.

No caigamos en la tentación de considerar ingenuas estas prácticas, pues son símbolos que evocan la obligada fidelidad que debe tenerse hacia nuestra única razón de vivir: «Guarda en tu corazón estas palabras que hoy te digo. Incúlcalas a tus hijos y háblales de ellas estando en casa o yendo de viaje, acostado o levantado; átalas a tu mano como signo, ponlas en tu frente como señal; escríbelas en las jambas de tu casa y en tus puertas» (Dt 6, 6-9).

En el templo de Jerusalén un levita invitaba a la gente a prestar atención gritando: «Escucha, Israel», de modo parecido, entre nosotros el sacerdote dice: «Levantemos el corazón», y en Oriente el celebrante repite: «Sabiduría, atended».

La oración, en el fondo, consiste simplemente en escuchar a Dios. Pero, claro, para escuchar resulta necesario saber callar.

1. La filacteria (del griego *phylacterion*, antídoto, amuleto) es un trozo de pergamino con un pasaje de la Escritura; por extensión, se denomina así una pequeña caja cúbica que contiene tiras de pergamino o de papel en las que se escriben algunos versículos de la Biblia. Los judíos se atan esa cajita en el brazo izquierdo (vinculado con el corazón) o la frente (vinculada con el espíritu) durante la oración de la mañana.

«Escucha, Israel». Dios invita, antes de nada, a escuchar. La vida interior comienza cuando se abre el oído a su voz. El primer mandamiento no es el que hace referencia al amor, sino el que invita a la escucha, antesala ineludible para acceder al amor: amar a alguien es, sobre todo, escucharlo. Antes de ordenar: «Amarás», Dios exhorta: «Escucha».

«Escucha, Israel...» significa, dicho con todo cariño: «Cállate, Israel». Al traspasar el umbral de una iglesia se está entrando en Dios mediante el silencio de un corazón atento. Aquello que ha sido sembrado en este silencio, la fe lo pondrá en práctica, porque en hebreo escuchar y obedecer es una misma cosa. «Escucha, Israel... Estate atento para obedecer...». ¡Aprende a amar!

2. UNIFICAR SU SER

Escuchar no siempre es entender. Dios no nos pide entender, sino aprender a escuchar. ¿Por qué? La continuación del texto nos lo sugiere: «Escucha... El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno».

No cabe duda de que el fundamento de la fe hebrea es el monoteísmo absoluto y que, a lo largo de la historia, el pueblo elegido ha defendido su fidelidad al Dios único. Sin embargo, el *Shemá* afirma exactamente: *El Señor es UNO*. «Uno» no quiere decir «solo», sino «único» y «sin divisiones, sin dualismos».

Adorar al Dios «uno» permite al hombre encontrar su propia unidad. Es verdaderamente él mismo cuando consigue reunir sus fuerzas y sus energías para dirigir-

las hacia el único fin: Dios, escuchado, reconocido y amado. Esto es lo que se conoce como «recogimiento». *Re-cogerse* es superar la propia división y dispersión para llegar a ser «uno». El recogimiento es el fruto de un silencio que se hace interior.

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». El acento recae en ese *todo*. El amor de Dios exige «todo» el ser. Porque, como enseña Jesús en el evangelio, «nadie puede servir a dos señores» (Lc 16, 13).

De ordinario nosotros no somos dos, somos mil, somos «legión». Divididos por tantas preocupaciones, deseos y pensamientos, nos hallamos dispersos. No tenemos un solo Dios, sino millares de «pequeños dioses» que van devorando nuestra vida. Amar al Señor «con todo el ser» permite unificar la existencia «a imagen y semejanza de Dios» (Gn 1, 26), que es perfectamente «uno» en la Trinidad de las personas divinas.

3. CUANDO LA ESCUCHA SE HACE AMOR DE NIÑO

Pero ¿por qué hay que amar a Dios? Pues porque el Señor es «tu» Dios, tú le perteneces, él te ha adquirido al precio de su sangre. Él se ha dado a ti para que tú te des a él. El amor consiste en entregarse uno al otro. El Dios al que vienes a encontrar se ofrece a ti, hoy, para salvarte, porque te ama.

¿Y cómo se puede amar a Dios? El libro del Deuteronomio pone en labios de Moisés la respuesta certera: «El Señor tu Dios te pide que le honres, que sigas to-

dos sus caminos, lo ames y le sirvas con todo tu corazón y toda tu alma observando los mandamientos y las leyes del Señor que yo te prescribo hoy para que seas feliz» (Dt 10, 12-13).

Escuchar a Dios es encontrar el camino de la felicidad, prepararse a seguir al Señor, decidirse a guardar su palabra... comenzando por decirle «Sí» sin medida, sin límites, conscientes de que lo único que él quiere es nuestro bien. «La medida del amor de Dios es amarlo sin medida», enseña lúcidamente san Bernardo.

El amor al que nos invita Dios no es el de un esclavo para con su amo, sino el de los hijos para con su padre. Dios repite sin cesar en la Biblia: «Escucha, hijo mío», o: «Escucha, hija, atiende». Y el Deuteronomio exhorta: «Reconoce en tu corazón que el Señor tu Dios te corrige como un padre corrige a su hijo» (Dt 8, 5).

Dios quiere ser amado como un papá y una mamá. La escucha silenciosa es la oración de los pequeños que lo esperan todo de sus padres: «Escucha, Israel» se podría traducir así: «Haz silencio, reúne tus energías. Recógete, mi pequeño, orienta todo tu ser hacia tu Padre».

Entrar en una iglesia es volver a mi casa familiar para encontrar la paz y recibir nuevos motivos para vivir. Por esa razón, enseguida me santiguo con el agua bendita, que me recuerda el bautismo que me ha convertido en hijo de Dios, y me inclino ante la presencia de Jesús, mi hermano y mi Señor.

Traspasar el umbral de una iglesia es una invitación a recoger nuestro ser disperso para arrojarnos en los brazos del Padre. El amor exige el silencio.